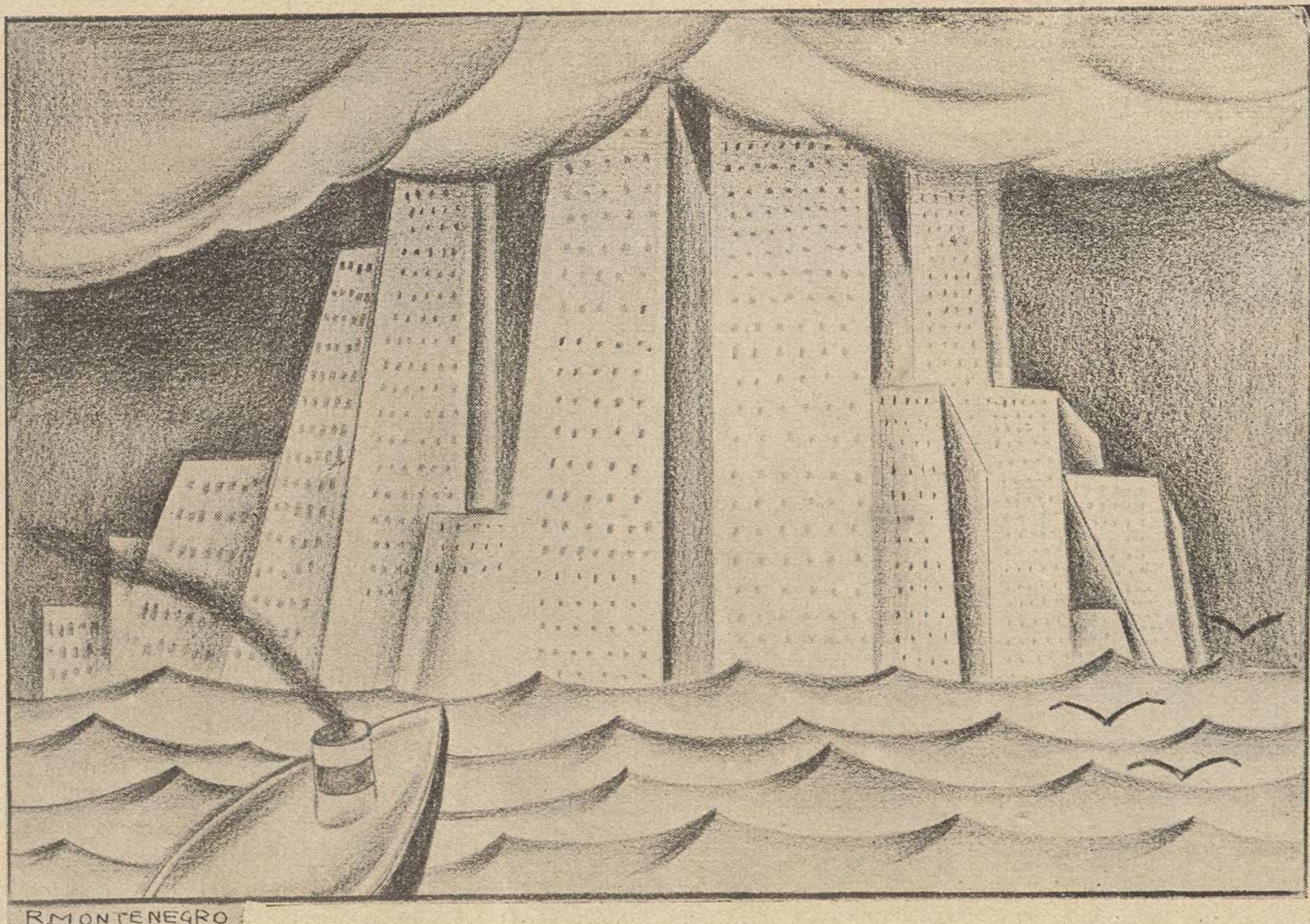


El Cuento Mexicano

Mr. Coen

Por Roberto Montenegro



R. MONTENEGRO

Especial para
"REVISTA DE REVISTAS"

Tra trayectoria perfecta de mis derroteros deshace todas las fronteras, proyecta mi sombra, en forma de estrella de los vientos, bajo todas las constelaciones. Mi curiosidad muerta sobre el mismo plano, hace que desaparezca en mi inquietud el espacio longitudinal y reduce la dimensión.

Mis ojos están llenos de épocas, de civilizaciones y una concepción de los mismos acontecimientos bajo las diferencias climatológicas a través de mi eterno paso por todos los litorales, por todas las zonas y por cada uno de los puntos cardinales de todos los espacios de la tierra. ¡Esa es mi ley!

Ya mi cansancio es una consideración ineficaz para mis necesidades. La humanidad me conoce bajo la leyenda, pero jamás le ha dado la fuerza de su importancia y el tiempo pasa en las horas que ruedan del color de su momento.

No puedo llegar al gran continente americano como lo hice la última vez; ahora el Océano se interpone. Pero, ¿qué elemento detendrá el mecanismo fatal de mi paso? ¿Dónde encontrar la frontera que detenga mi eterno andar?"

Así hablaba un viejo loco de itinerarios. Su paso por el andén del blanco transatlántico no cesaba en su inquietud y su mirada llena de paisajes, parecían seguir una visión inmarcesible.

Un hombre en traje blanco con galones, con movimiento de militar, quiso detenerlo un momento; quería pedirle su billete y siguió andando con él, sin detenerse. Entregó el billete y prosiguió su paso, corto, medido, mecánico.

Accidentes meramente necesarios en la ciudad paquebot, interrumpían mi curiosidad. Amistades nuevas, sobre el mar largo y monótono, escondiendo siempre la sorpresa que no llega nunca. Días

de viaje, entre los azules inagotables. La última gaviota que se devolvió al litoral y luego la soledad de millares de gentes ansiosas de horizonte que trataban de estrecharse por miedo al peligro!

"Un día encontré al viejo de ojos abrumados y tristes. Subía, bajaba, daba vueltas por todo el barco, con agilidad desconocida; trepaba por las escaleras, bajaba hasta la maquinaria y las calderas, subía de nuevo, abría puertas, se devolvía como una persona desesperada que buscara algo inencontrable. Una tarde intencionalmente abrí su camarote y el viejo daba vueltas en el pequeño espacio como fiera, pacífica, enjaulada y conforme.

Por la noche, el hombre con la cabeza hacia arriba, caminaba siempre con un conocimiento preciso de todos los accidentes del trayecto.

Mi curiosidad me hizo preguntarle por su inquietud, pero él se alejó como acostumbrado a esa

El notable pintor jalisciense Roberto Montenegro nos ha ofrecido este cuento lleno de originalidad y escrito en forma moderna y sintética. Su poema al "Espíritu de San Luis", publicado también en este periódico, se ha reproducido en importantes publicaciones de Centroamérica.

Creemos que esta nueva fase de la personalidad del artista interesará a los lectores cultos.

molestia y me miró dulcemente. Bajo un inútil pretexto seguía yo al hombre que me hizo pensar en las palabras misteriosas que le oí, y contra lo imposible quise obstruir su tenacidad... Una trampa, lazos en una escalera, una jaula tan estrecha en la que no pudiese andar... un golpe rudo en la cabeza... nada, nada. La continuidad de su paso sobre el camino del barco, el doble trayecto y en sus ojos el mismo gris fatigado, indiferente, casto...

Una tarde, nubes como bambalinas negras, palio de lluvia y el hombre andarín, el hombre galvanómetro se resbaló sobre cubierta y rodó. Una pierna seguía el movimiento rítmico del paso en el vacío y la otra pierna inmóvil sangraba lentamente por la rodilla. El hombre estaba atónito, su mirada vacía de admiración se llenó de un resplandor de tranquilidad infinita.

En brazos, lo depositaron sobre una silla; su pierna no cesaba de

moverse con el mismo ritmo inútil en el mismo espacio y la otra deshecha, flácida, yacía inmóvil como una cosa muerta... Días y noches y el transatlántico seguía su destino. Puerto negro brumoso paisaje nuevo, grúas inteligentes, paisaje sin vegetación, horizonte de cosas altísimas que escondían sus remates en las nubes. Luz opaca producida por reflectores amarillos para la decoración del segundo acto. Intermedio de ruidos sordos y de cadenas sordas, gaviotas familiares y toda esa basura flotante y alimenticia para los peces defendidos por la municipalidad.

Ferribout, Hodsoon, paquidermo hidráulico, lento, pesado y allá las brechas entre los acantilados con millares de ventanas con puntos luminosos... Hotel, lobby y entre todo, millares de gentes cosmopolitas abriéndose paso entre ellos con inquietud para no ir a ninguna parte y cuya mecánica medular forma una rotativa inútil. Manager, beleboy, ascensores donde se pierde el aire 34... 38... 45... 49... al fin. Y allí en un vestíbulo con una pierna moviéndose constantemente y la otra envuelta en gasas, vi al viejo loco de itinerarios...

"—Desde hoy, nunca más andaré por el mundo; ya no seré más que un movimiento inútil en mi carrera. Cualquier fatigado me dejará atrás; volveré a comprender las pequeñas miserias de los humanos y ellos jamás entenderán la felicidad del descanso definitivo".

Mi duda me obligó a ver en el libro los nombres de los pasajeros. Allí estaba Mr. Coen (Aschoverus), el judío errante, cojo para siempre. Dejaría pasar por delante a las humanidades. Su carrera locamente fatal por todas las vidas se había detenido. Por aquella ventana, vió pasar naves de acero seguras como águilas; los elevados llevando a millares de gentes que lo veían con ironía en su rápido girar como las horas, como los siglos y en sus ojos grises, fatigados de todas las visiones rápidas se asomó la envidia por el dinamismo de los demás... Dios lo había perdonado.